

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Lunes 9 de Noviembre 2015

Club Universitario de Buenos Aires – Ateneo y Biblioteca

Ciclo de conferencias: Presentación del libro “*Fernando VII y la América revolucionaria (1814 - 1833) -extranjeros en su tierra-*”, de Eduardo Martiré, a cargo de Alberto Rodríguez Varela.

Buenas tardes, hoy el Ateneo me da el privilegio de presentar una de mis obras recientemente editada por la Facultad de Derecho de la Universidad de Córdoba. El que ha tomado la responsabilidad de presentarla, con un gesto que me llena de alegría y honra, es nuestro querido amigo Alberto Rodríguez Varela. De manera que vamos a empezar el acto escuchándolo a él que todos ustedes conocen. Es uno de la lista que tengo de impresentables porque no podemos presentar en esta casa a nada menos que a él, que durante muchos años fue presidente del Ateneo que yo ahora dirijo y una figura consular dentro de nuestro ámbito.

Señor presidente del Club Universitario de Buenos Aires, especialmente menciono a la nieta de Paul Groussac, que nos honra con su presencia y a todas señoras y señores. No voy a presentar al autor de este libro porque todos los que han venido a esta reunión lo conocen. Saben de sus designaciones académicas en la Argentina, Chile y España. De los numerosos libros, folletos y artículos que ha escrito. De su enseñanza en diversas universidades. De su brillante carrera judicial, de sus premios y demás distinciones.

Voy a ocuparme sólo de presentarles el contenido de este libro para inducirlos en su lectura porque se consideró que es una obra sobresaliente que con seguridad va a interesar a los especialistas y al público en general amante de los temas históricos. Quiero subrayar además que estamos ante una obra científica que aborda temas que conciernen a la historia de España y América y que no cae en tentaciones ideológicas. El autor efectúa una minuciosa reconstrucción de la actitud asumida por Fernando VII y su círculo y también por los liberales partidarios de la Constitución de Cádiz ante el estallido de la revolución Independista. En sus páginas explica con prosa clara y precisa el cómo y por qué del proceso emancipador.

El libro abarca tres períodos: 1808 – 1820 / 1820 - 1823 / 1823 – 1833. Voy a reseñarlo sintéticamente a lo largo de mi disertación. Algunos temas se encuentran especialmente destacados por el autor: primero el absolutismo de Fernando VII; segundo las discriminaciones que soportaban los americanos y las malas relaciones que existían entre ellos y los peninsulares a partir del advenimiento en el siglo XVIII de la dinastía Borbón. Tercero la irrenunciable vocación independista exteriorizada por los americanos a lo largo del conflicto. Especialmente visible en el

Río de la Plata porque lo cierto es que desde 1810 más allá de las palabras y apariencias, tuvimos gobierno propio.

El ritmo del libro se acelera a partir del decreto del 4 de mayo de 1814 firmado en Valencia en cuyo texto Fernando VII en viaje de retorno al trono condena a muerte a la Constitución de Cádiz y al régimen liberal sancionado durante su prisión. “Declaro -dice el rey- que mi real ánimo es no solamente no jurar ni acceder a dicha Constitución, ni a decreto alguno de las Cortes generales y extraordinarias que sean depresivos de mi soberanía (...) -Anuncia- asimismo, que esa Constitución y tales decretos son nulo y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno. Sin obligación de mis pueblos y súbditos de cualquiera clase y condición a cumplirlos ni guardarlos (...)”. El designio absolutista no podría ser más claro.

Instalado en el trono, Fernando imparte directivas militares y se transforma – afirma el autor- con base en los numerosos documentos que cita en el animador principal de la guerra contra las colonias sublevadas. Simultáneamente en esos años, Fernando intenta seducir a los americanos con medidas benévolas para que se allanen a reconocer su soberanía. El rey llega en 1815 al extremo de reconocer –cito textualmente- el gran daño que causaba la discriminación del americano en cargos públicos y ordena que sean designados en todas las secretarías de España, en toda clase de empleos civiles y militares los americanos que por sus méritos y conocimientos sean acreedores a ello. En 1817, con motivo de su cuarto matrimonio, cuando ya se había declarado la independencia de las Provincias Unidas, y sin perjuicio de continuar la guerra contra los sublevados, indulta a los insurrectos que vuelvan a su obediencia. Pero todo esto es tardío. Como lo expresa el autor, los americanos, por entonces, habían optado por la independencia o la guerra y no modificarían esa decisión ni las palabras conciliatorias del rey o de sus ministros. Nunca dispuestos a aceptar la emancipación. Las fuerzas de San Martín y de O’ Higgins continuaron la guerra y obtuvieron el decisivo triunfo de Maipú. El parte de San Martín destaca la importancia de esta victoria. El autor expresa que en su empeño por vencer militarmente a las fuerzas americanas, Fernando procuró tener una alianza con las potencias europeas, sobre todo con Gran Bretaña, y con los estados Unidos. Pero todos sus esfuerzos fracasaron. No obstante, continuó con obstinación insistiendo en la adopción de medidas bélicas y diplomáticas para alcanzar algo que paulatinamente se fue transformando en una quimera.

Apunta acertadamente Martiré, al comentar los sucesivos fracasos de Fernando y también de los liberales que lo acompañaban en su actitud contraria a la independencia, que la posibilidad de recuperar América no dejaba de ser una ilusionada esperanza de un gobierno peninsular que no entendía América creyendo lo contrario. Seguidamente, relata las características de las medidas militares que se preparaban en 1818. Se trataba, dice, de la movilización de fuerzas navales que desde Cádiz se dirigían a diferentes partes de América a fin de rechazar las fuerzas insurgentes, quedando a cubierto los dominios de ambas Américas al tiempo que se tomaban providencias prontas y efectivas para la expedición a Buenos Aires, con lo que se terminaría con lo que paradójicamente el rey denominaba la pacificación total de América. Se explica en este libro cómo ese sueño se evaporó cuando en enero de 1820 se produjo la rebelión de riego y el

consecuente derrumbe del gobierno absolutista para iniciarse así el trienio liberal que se extendió hasta 1823.

Antes de examinar ese trienio, Martiré reseña varios documentos de personajes encumbrados allegados a la monarquía que destilan algún destello de sensatez. No puedo reseñar todos en esta breve disertación, sino que voy a referirme exclusivamente a la memoria escrita por Don Juan Antonio de Flores Pereyra, Conde de Casa Flores y Teniente General de los ejércitos reales. Nacido en Buenos Aires, su padre había sido Virrey de Nueva España y de Nueva Granada. La memoria fue redactada a requerimiento del rey antes de ser nombrado embajador en Río de Janeiro. Entre las medidas que sugiere para la reorganización americana, figura en primer término el reconocimiento de la igualdad entre españoles, europeos y americanos. Lo cual confirma que la discriminación, negada en nuestro medio por algunos autores ultra hispanistas, era incuestionable. Expresa en si mismo que la separación del nuevo mundo del antiguo es suceso irremediable. Agrega que lo importante es que cuando se produzca la independencia sea para bien de América, España y todo el género humano. Sin embargo, sugestivamente, aclara que la independencia de América en estos momentos traería males de mayor entidad. Tal vez estas palabras sintetizaban lo que en círculo del rey consideraban políticamente correcto.

No obstante, advierte al monarca que si no se pone remedio a los males actuales no vacilará en decir que las Américas se pierden irremisiblemente. Comenta también Casa Flores, que la animosidad que reina entre europeos y americanos desde hace muchos años, lastima fuertemente el amor propio de estos. Ello impulsa, incluso a los más pacíficos, a continuar la guerra para sacudir el yugo. Finalmente el autor reseña las medidas concretas que propone Casa Flores para su inmediato cumplimiento:

- 1- Borrar las palabras colonias
- 2- El rey debe considerar no sólo en teoría sino también en la práctica a las Américas como provincias
- 3- Libertad para los americanos de sembrar y establecer cualquier industria
- 4- Mejorar la selección de quienes gobiernan
- 5- Neutralizar el orgullo de los europeos
- 6- Tender las peticiones de los súbditos de América
- 7- Prohibición a los virreyes de inmiscuirse en cuestiones judiciales

El autor, considera que para los tiempos que corrían, Casa Flores proponía medidas realmente revolucionarias, única manera a su juicio de retener América. El plan pareció satisfacer al rey pero finalmente fue rechazado en definitiva por la oposición especial y terminante del Ministro de Hacienda aunque se recibieron también opiniones favorables. El ministro de Hacienda Garay, con su cerrada oposición, vino a representar la inmovilidad del absolutismo imperante y la

conveniencia de resguardar intereses como los del Comercio de Cádiz. Dicho funcionario en su dictamen que se transcribe en el libro, llevó al extremo de sostener que la propuesta de Casa Flores al defender la igualdad de la España europea con la americana -cito textual - “resultará una monstruosidad política que jamás se haya visto en establecimientos ultramarinos antiguos ni modernos. Las Indias –agregó- por su situación, estado, necesidades y relaciones han de hacer por fuerza el oficio de las colonias bajo el nombre de España Americana y no es posible humanamente identificar ni igualar a las colonias con su matriz porque aquellas y esta tienen sobre sí objetos, obligaciones y funciones diferentes y aún encontradas que llenar por su natural constitución”. Digamos que a buen entendedor pocas palabras bastan. Para el absolutismo las provincias americanas eran y debían seguir siendo colonias sometidas al yugo español. Esta mentalidad dominante en los círculos de poder de España, explica la prolongación de la guerra de la independencia. Martiré destaca que para llevar adelante este designio, Fernando convocó para una reunión. El intento fracasó. Inglaterra, Rusia y Austria menospreciaron a Fernando al que miraban como a un monarca de segunda categoría. En esa desairada posición, sólo le quedó la alternativa de recuperar América por sus propios medios. Como ya lo anticipé, ese sueño se desvaneció cuando estalló y triunfó la revolución del Teniente General Riego.

La segunda parte de la obra, se refiere en primer término al trienio liberal de 1820 – 1823. Por imposición de los insurrectos, el 8 de marzo de 1820 se dispuso la reposición de la anulada Constitución de Cádiz. Finalizó así, por el momento, el gobierno personal y absoluto de Fernando. El incurable absolutismo del rey sólo se dio, afirma Martiré, ante la fuerza para evitar la expulsión del trono. La Junta Provisional instalada después del pronunciamiento militar, resolvió que el monarca enviara a América la convocatoria a Cortes. Propuso además, ofrecer a los americanos la paz y la jura de la constitución poniendo de esta forma fin a las hostilidades que en caso de fracasar la instancia conciliatoria, se reanudarían sin tanto encarnizamiento. La obra muestra cómo la respuesta de los americanos fue terminante en contra de la propuesta y a favor de la independencia. En rigor, como lo puntualiza el libro, liberales y absolutistas eran adversos al reconocimiento de la emancipación. Y lo que resulta claro es que la razón de la negativa a reconocer la independencia fue Fernando quien mantuvo su posición hasta su muerte en 1833. En cuanto a los liberales, es ilustrativa a la respuesta de Belgrano a la propuesta de Iriarte para un acercamiento entre los rebeldes de Buenos Aires y los liberales españoles. Dijo Belgrano “desengáñese usted amigo Iriarte, los liberales españoles son tan enemigos nuestros o más que los mismos serviles”. Lo cierto es que la Constitución de Cádiz no alcanzó para persuadir a los americanos de volver a la monarquía española.

En la obra se cita la memoria a las Cortes de Miguel Cabrera de Nevarés, quien retornaba a España después de su estadía en las Indias y que fue publicada en noviembre de 1821 en pleno trienio liberal. Al referirse a Buenos Aires, expresa que el paisanaje en masa clamaba por la independencia. No menos ilustrativa, la opinión del General San Martín, volcado en su proclama a los peruanos en oportunidad del desembarco en la Bahía de Paracas para liberar al Perú de los realistas. En su texto, el libertador expresó “la América no puede contemplar la constitución española sino como un medio fraudulento de mantener en ella el sistema colonial”. Agregó San

Martín que ningún beneficio podemos esperar de un código formado a 2000 leguas de distancia sin la intervención de nuestros representantes.

El 16 de abril de 1820, el gobierno liberal de España resolvió enviar a Buenos Aires, Venezuela, Santa Fé y Chile comisionados que debían proponer la reconciliación de las Provincias Americanas con la madre patria. La decisión fue otro fracaso. Lo advirtió de inmediato el Virrey Joaquín de la Pezuela cuando se entrevistó con San Martín. Posteriormente en comunicación del 19 de octubre de 1820 hizo saber al gobierno peninsular que contrariamente a lo que se creía en la Corte, los disidentes no tenían ningún interés por la reconciliación. En Buenos Aires –relata el libro- el gobierno no permitió que los comisionados desembarcaran si previamente no reconocían la independencia. Además, la junta de representantes remitió al gobierno español por medio de los comisionados copia certificada de la declaración de la independencia el 9 de julio de 1816. En 1822, enviaron nuevos comisionados que también fracasaron. La idea de la independencia – comenta Martiré- estaba firme en todo el territorio de las Provincias Unidas.

En 1822 llegó a las Cortes el tema de la Federación de Naciones y se debatió una exposición redactada por el ya nombrado Cabrera de Nevaes, un militar liberal que había participado de la guerra de la independencia española contra Napoleón. En ese documento informó sobre “crueldad” con que se tratan españoles y americanos cuyo odio mutuo lo reputaba enorme. Sostuvo además, sigo citando, que desde Tierra del fuego hasta los confines de los Estados Unidos está ardiendo el continente americano en guerras de muerte. Agregó que la disposición general de todo americano es a favor de la independencia y que el espíritu revolucionario en las Américas era el sentimiento universal de todos los nacidos en aquel país. Propuso, como posible alternativa, una confederación hispanoamericana compuesta de varios estados independientes del nuevo continente con la propia España. Advirtió también Cabrera de Nevaes que la emancipación concedida por la metrópoli nos dará mucho provecho. Pero la emancipación conseguida a punta de espada nos acabará de arruinar.

Expresa el libro que la proposición de Cabrera de Nevaes suscitó un importante debate en las Cortes en las que prevalecía la posición de liberales y absolutistas a la independencia de América. Se llegó a decir que quien hablara de reconocimiento de la independencia cometería traición. Comenta Martiré que en verdad, desde dos puntos de vista diferentes, el del español Cabrera de Nevaes y el de su refutador americano Olarieta, ambos concluyeron en vaticinar la inevitable independencia de América. La obra relata que ante el fracaso en América de los comisionados, quienes no estaban autorizados para imponer la independencia de América, Fernando renovó su demanda de cooperación extranjera para someter por las armas a los americanos. Cosechó nuevos fracasos, sobre todo por la posición pro-americana de Inglaterra y la inclinación de Estados Unidos por el reconocimiento de la independencia de las colonias hispanoamericanas.

La tercera parte de la obra, está referida a la situación de América donde el restablecimiento del poder absoluto de la monarquía. Fernando, siempre fiel a su vocación absolutista, inició tratativas ante las demás testas coronadas de Europa pudiendo finalmente

formalizar un acuerdo con su primo Luis XVIII de Francia. Con arreglo, ese convenio, el Príncipe de Angulema, al frente de los denominados cien mil hijos de San Luis, invadió sin mayor resistencia el territorio español. El Teniente General Riego, cabeza principal del gobierno liberal, fue ejecutado en la Plaza de la Cebada el 7 de noviembre de 1823. El régimen absolutista nuevamente instalado, inició lo que se llamó la purificación de los empleados de la administración. Comenta el autor, que la venganza por norma y la sumisión por única regla de conducta admitida, serán el diapasón de la política fernandina hasta la muerte del rey con los altibajos que la política interna e internacional y su propia salud le imponían.

Contra los deseos de Fernando, su empeño en recuperar América encontró de pronto enormes dificultades ante novedades decisivas. En el libro se relata cómo el ministro Canning, mediante una comunicación a Fernando a poco de asumir su gobierno absoluto, le expresó que el gobierno inglés consideraba imposible la recuperación de América por las armas y que Gran Bretaña estimaba como única solución al conflicto el reconocimiento de su independencia. Por su parte, el Presidente James Monroe, el 2 de diciembre de 1823, expidió su célebre declaración en el sentido de que los Estados Unidos no permitirían la intervención europea en ningún territorio de América, pues ello sería peligroso para la paz y seguridad de sus naciones. A contramano de estos pronunciamientos decisivos, Fernando no se alejó de sus intentos y convocó a los representantes de Rusia, Viena, Prusia e Inglaterra a una nueva reunión en París. La respuesta de Canning fue de una firmeza y realismo notable. Le expresó, en su parte final, al gobierno de España que el gobierno británico es decididamente de opinión que el reconocimiento a los estados hispanoamericanos que han establecido de hecho su separada existencia política no podrá dilatarse mucho más tiempo. Por su parte, rechazando las sugerencias del gobierno español, México se declaró independiente y sancionó la Constitución de los Estados Unidos Mexicanos.

Fernando continuó mudado al limbo, invocando en sus requerimientos los ardientes deseos de la mayor parte de sus vasallos americanos. Insistió nuevamente ante Gran Bretaña que rechazó de plano sus requerimientos fundados en el supuesto desorden dominante en América y en un imaginario clamor por su retorno. Además, mantuvo empeñado su negativa a reconocer la independencia. Pero la historia de América circulaba ya por andariveles muy distantes de los delirios del rey. Por su parte, el gobierno de los Estados Unidos, ratificó que consideraba imposible la recuperación por España de sus colonias americanas. Un intento español de recuperar México en 1829 fracasó estrepitosamente. Fernando insistió hasta su muerte en 1833 con sus proyectos reivindicatorios.

En definitiva, dice el autor, absolutistas y liberales nunca entendieron América. La creyeron absolutamente suya aún cuando ya la habían perdido para siempre y tan sólo retenían las minúsculas Islas Caribeñas con las que justificaban tozudamente su condición de metrópoli del Imperio americano. Por ello, añade al concluir el libro, aún se considera que su pérdida se precipitó en realidad no en la decisiva batalla de Ayacucho de 1824, sino cuando se perdieron las islas mencionadas. Por ello seguimos escuchando a nuestros entrañables hermanos españoles consolarse ante cualquier gran infortunio expresando “más se perdió en Cuba”. Lo cierto, es que el

imperio español comenzó a desmoronarse de modo irreversible mucho antes, como lo demuestra en esta obra Eduardo Martiré, con rigor científico y encomiable objetividad.

Muchas gracias Alberto por esta elogiosa y a veces exagerada consideración de mi obra. Efectivamente es una conclusión a la que yo he arribado después de muchos años de estudiar el tema de la emancipación. Yo creo que aquí la vemos desde un punto de vista europeo, con un monarca que no quiere entender otra cosa que la manifestación y la perdurable existencia de un imperio que ha perdido hace muchos años.

Es curioso el origen de este trabajo. Estando en un congreso de historia del derecho indiano en la magnífica ciudad de Puebla, México, una congresista cubana exiliada en España dijo que cuando llegó a ese país, le había llamado la atención que, esto que acaba de decir Rodríguez Varela, que los españoles ante una gran frustración, desgracia o pérdida, se consolaban diciendo “bueno más se perdió en Cuba”. Y ella que era cubana decía ¿qué quieren decir? Hasta que le dijeron “es la pérdida del imperio” en la guerra famosa en que España perdió esas últimas islas que le quedaban, nada menos que Cuba, Puerto Rico y las Filipinas en 1898 había perdido su imperio. Pero lo habían perdido hacía muchos años atrás, definitivamente después de la batalla de Ayacucho en 1824. Y lo estaba perdiendo desde hacía muchos años atrás. La situación americana había alcanzado un vuelco terrible ya en el siglo XVIII. La presencia en América de un nuevo régimen encabezado por los Borbones al comenzar el siglo XVIII, después de la muerte del último representante de los Habsburgos de Carlos II con la llegada del Duque de Anjou Felipe V, inició un proceso entonces ya que terminaría aquí en esta emancipación.

Aquello de lo que se ha hablado muchas veces de la criollofobia, empezó allí haciéndose mucho más duro ¿qué quería decir esto? Que América era una colonia, no era un conjunto de reinos como hasta entonces habían sido considerados. Ahora había que aplicarles un nuevo sistema de gobierno heredado de Francia con sus pequeñas colonias. Francia tenía más provecho que el inmenso imperio español en América y eso no podía ser. Había que cambiar. Había que terminar con la interpretación, con la tolerancia, con el disimulo para aplicar la obediencia a la ley estrictamente. Basta de interpretaciones, sólo buscamos obediencia y con ese criterio se transformó el estatus americano. Ahí empezó a sentirse la necesidad de un movimiento que terminara con esta nueva consideración.

Así como América había estado durante siglos en un mundo en que convivían como un caleidoscopio distintas razas, diversos regímenes, habían estado viviendo su propia vida hasta que de pronto empieza este sistema de obediencia antes que interpretación. En un momento todos los dominios españoles en América estuvieron dirigidos por militares. Se llamó la militarización del régimen Borbónico. ¿Por qué? Porque lo que se necesitaba era eso de lograr que fuera el peninsular el que se ocupase de estos que ya no eran reinos sino eran colonias al estilo clásico. Y esto fue un duro golpe del que no se repuso. Cuando llegó la oportunidad, como lo dice por ejemplo Belgrano que era Secretario del Consulado en Buenos Aires “renuncié porque había que defender a la Patria”, toda América se levantó ya sin consideración y todas estas medidas que se tratan de tomar en la época de Fernando VII son tardías, ya nadie cree en ellas. No es verdad todo

lo que se les promete, porque en definitiva y al final del discurso está la obediencia y el provecho metropolitano. Un provecho metropolitano que no sólo partía del régimen absoluto, despótico de Fernando VII y de sus antecesores, también los liberales en el trienio de 1820 – 1823 cuando se hicieron cargo del poder, no abandonaron ese metropolitarismo para América nefasto.

De manera que estaba al cabo, los americanos, del discurso español y por eso era imposible encontrar otra solución que la independencia y de vivir su propia Patria. Se sentían como extranjeros en su tierra. Se dice – hay autores que han estudiado este tema- que durante el siglo XVIII, es decir con los Borbones, hubo una nueva colonización de América, unos nuevos señores aparecieron en América. Este enorme continente en donde un blanco puro era un ejemplar de museo, en el siglo XVIII fue invadido o cubierto por autoridades que llevaban tras de sí el prestigio del blanco puro. Eran los funcionarios del régimen borbónico que llegaban a gozar de las nuevas reformas borbónicas siempre en favor de la metrópoli, siempre en disminución del americano. De manera que cuando se produce la invasión francesa, cuando Napoleón devuelve a su trono porque ya no le servía Fernando VII y este que quiere retomar el gobierno, no se le ocurre nada mejor que retomar al estilo que lo habían hecho su padre y su abuelo, eso era imposible. Fíjense que hay infinitos memoriales y presentaciones en este período que yo estudio. Todas, sin excepción, hablan de la necesidad de aflojar las riendas con que se gobierna América. Y en definitiva, darle acordadamente una independencia que en definitiva iban a tener que conseguir a la fuerza. No era posible mantener un inmenso territorio, un inmenso imperio sobre la base de obediencia y de sumisión. Eso estaba ya dejado de lado hacía mucho tiempo.

Poco a poco los americanos fueron armando su propia Patria. Un viajero alemán dice que en Nueva España, en México, cuando le preguntaban a un mexicano si era español, éste contestaba que no, que era americano. Lo que demostraba un viejo resentimiento. Efectivamente un resentimiento que se hace carne en estos años y que tiene por personaje principal a Fernando VII de cuya firmeza en muchas cosas fue difícil de encontrar pero sí en una sola en que quería mantener el imperio al estilo que los Borbones habían transformado. De manera que el libro tiene esa visión. Yo he trabajado esto mucho. He mostrado la situación americana desde América en una obra que tiene unos años ya y que se llama “1808 la clave de la emancipación hispanoamericana” y que mereció dos ediciones. Una por el Instituto de Historia del Derecho y otra por la editorial El Elefante Blanco. Allí mostré América como la veían los americanos. Acá trato de mostrar cómo la veían los españoles siempre bajo el tema de la sujeción y por eso la perdieron. No la perdieron cuando se independizaron las pequeñas islas del Caribe y la Filipinas, la perdieron muchos años antes. Empezaron a perderla cuando demostraron no entenderla. Miraban pero no veían, trataban de escuchar pero no oían. No se daban cuenta que no era posible mantener ese inmenso imperio en obediencia a una metrópoli que sólo buscaba su propio provecho. El criollo era hombre de no fiar. Esto significaba alejarlo de todo cargo de gobierno y mantenerlo en un estado de verdadera sujeción. En unos momentos se notaba evidentemente, en otros menos pero en definitiva, siempre era ese estado de minoridad. Por eso llegó un momento en que resultó insostenible, ya no podía vivirse en ese estado de colonia. Se habían terminado las colonias

habiendo sido condenadas desde la época de la Ilustración y nosotros todavía la teníamos en nuestro suelo.

Este libro trata de mostrar esa situación insostenible con un puntal feroz que fue Fernando VII que hasta el último momento, hasta los últimos días de su vida, quiso seguir recomponiendo un imperio que había perdido ya hacía mucho tiempo. Le agradezco a Alberto Rodríguez Varela la presentación y a ustedes que nos hayan atendido. Muchas gracias.